

EL MISTERIO DEL ERMITAÑO ERÓTICO

Claudio Naranjo



Cada una de las tradiciones místicas tiene sus misterios, y me parece un importante punto de partida hacia la comprensión de tales realidades místicas el reconocer que se trata de experiencias no asequibles a la razón, sino que sólo a la evolución de la consciencia de las personas.

Wendy Donniger ha publicado un grueso libro acerca de la enigmática polaridad del dios Siva¹, que no sólo se limita a las representaciones de este dios, sino que aparece por doquier en la rica literatura de los Puranas. También encontramos la conjunción del ascetismo y la sexualidad en el Mahabharata, la gran epopeya de la India, de la que se dice que contiene toda la sabiduría de la India arcaica. Y ya el mismo autor mítico del Mahabharata, Vyasa, aparece en este texto como un “ermitaño erótico” desde que —en virtud de la costumbre— Satyavati (la viuda del rey Vicittavirya) lo llama para inseminar a las tres princesas que habían sido raptadas por Devavrata para su esposo, y así es como el autor del Mahabharata viene a ser también el progenitor de los ancestros de las familias en pugna en esta gran epopeya.

Pero la historia del mismo Vyasa es extraordinaria, y muy significativamente

alusiva al fenómeno de la sexualidad sagrada. Describe esta gran epopeya algo de la historia temprana de Satyavati, a quien hemos conocido hasta ahora como la hija de un pescador, y se nos explica luego que en realidad ha nacido de un pez que tragó una gota de semen que un rey había depositado en una hoja, ordenándole a su halcón que se la llevara a su mujer—pero que éste había dejado accidentalmente caer. Aunque no se trate esta vez de un ermitaño sino de un rey, pero la forma como se yuxtaponen en esta historia la dignidad de un rey con la sacralidad del semen e incluso, implícitamente, de la masturbación, nos resultan afines a la figura del ermitaño erótico. Y una vez más encontramos esta figura en un episodio de la juventud de Satyavati, durante la cual se acopló a ella un ermitaño que engendró en ella justamente a Vyasa, y que le quitó el olor a pescado que la había acompañado desde siempre, reemplazándolo por fragancia.²

1 Donniger, Wendy (1977). *Siva, el ermitaño erótico*. Adelphi

2 Naranjo, Claudio. El Mahabharata Interior. *Cantos del Despertar*. La Llave, 19xx.

Pese a la abundancia del material ilustrativo que cita Wendy Donniger, sin embargo, la explicación a la que llega ella tras una nutrida revisión del tópico en los textos relevantes no va más allá de la idea abstracta de una complementariedad entre el ascetismo y la sexualidad, y no sentimos que llegue a desvelar la realidad psico-espiritual en que tal complementariedad se vea realizada.

En las siguientes páginas intentaré contribuir a la elucidación del “misterio” de la aparente contradicción entre la vitalidad y la trascendencia, que no me parece otro que el de la coincidencia profunda de lo apolíneo y de lo dionisiaco en una experiencia única, a la que apunta ya Lao Tsé al decir que son la misma cosa el conocimiento que se logra por inmersión en las cosas y el conocimiento que “mira desde lejos”. Termina el primer segmento del Tao-Te-Ching precisamente con la afirmación que estas dos cosas que nacieron juntas pero tienen diferente nombre (la condición del deseo y la trascendencia de los deseos) constituyen en su unidad el más profundo de los misterios, y “son la puerta de toda maravilla”.³

Diría que la palabra “misterio” quiere significar aquí algo semejante a lo que esta palabra entraña en la tradición cristiana, donde asuntos como la trinidad o la transfiguración se reconocen como imposibles de comprender a través de la razón, pues requieren una comprensión vivida del nivel espiritual de la existencia. Naturalmente, cada una de las tradiciones místicas tiene sus misterios, y me parece un importante punto de partida hacia la comprensión de tales realidades

místicas el reconocer que se trata de experiencias no asequibles a la razón, sino que sólo a la evolución de la conciencia de las personas, y que de otra manera se corre el riesgo de no poder llegar más allá de lo que decía a propósito de Siva algún religioso católico citado por la misma Donniger, que ha ridiculizado el arquetipo del ermitaño erótico como mera alusión a personas que sólo alternan entre la continencia y la lujuria.

En primer lugar, debemos comprender que el erotismo de Siva de ninguna manera es lujuria, sino que instinto, y que el instinto funciona sin apego—a diferencia de las pasiones humanas, que constituyen derivados instintivos que implican represión y que se pueden entender como una especie de desquite de la vida ante el obstáculo que la civilización le ha significado a la animalidad inocente. Como seres vivos, somos parte de ese flujo que Heráclito describía como un río en que nunca podemos bañarnos dos veces; y por lo tanto no cabe que nos apeguemos al instante intrínsecamente fugaz. Y si la entrega a la corriente de la vida implica desapego, podemos decir que lo dionisiaco y lo apolíneo son dos caras del desapego. O dos caras de la libertad. El dios ermitaño (apolíneo en su distancia de la vida) es “libre de”, en tanto que el dios erótico es “libre *para*”; en todo caso, tanto la cesación de los deseos como la entrega a la vida requieren una apertura a lo desconocido, una entrega y por ello renuncia.

Una primera aproximación a la comprensión de la no contradicción entre los aparentes opuestos del distanciamiento y

3 Lao-Tse (1957). *El Tao Te King*. Buenos Aires: Sudamericana.

de la inmersión (y sus respectivas formas de conocimiento) es el reconocimiento de que constituyen caminos compatibles o convergentes, aunque el quid de esta complementariedad esté en la experiencia de una simultaneidad entre la libertad de la renuncia ascética y la libertad de la entrega al flujo de la vida. (que es también, aunque menos visiblemente renuncia).

Daré primero algunos ejemplos de cómo lo apolíneo y lo dionisiaco se pueden considerar caminos paralelos o convergentes, para luego considerar la experiencia psico-espiritual de su simultaneidad.

Un ejemplo del reconocimiento de lo apolíneo y de lo dionisiaco como principios que se deben cultivar conjuntamente es el de la cultura griega antigua, donde se complementaban los misterios menores de Apolo (encaminados al “hombre verdadero” según Guenon) con los misterios mayores o Eleusinos centrados en la resurrección y encaminados al “hombre universal”.

Otro ejemplo, contemporáneo, se encuentra en la terapia Gestalt, uno de cuyos pilares es la conciencia clara del aquí y ahora, que implícitamente es una conciencia desapegada en la medida de su claridad, en tanto que su otro pilar es la confianza en la entrega a la “auto-regulación orgánica”.

Un tercer ejemplo podría ser el de la educación, por cuanto está a la vista que tanto la neutralidad o moderación como contrapeso de las pasiones y su exceso, y la libertad (y su espontaneidad) son valores o aspectos del desarrollo humano que deben ser cultivados.

Pero ¿qué decir de la experiencia de una *simultaneidad* entre la libertad de la renuncia ascética y la libertad de la entrega a la corriente de la vida?

Un primer ejemplo de ello, y el más literal, puede decirse, es el del sexo tántrico—en que se practica el desapego ante el placer de manera análoga a aquella en que se ha practicado en el yoga tradicional un desapego ante el dolor o la incomodidad—a través del ayuno, los *asanas* fatigosos, el dolor de las piernas, el control respiratorio, el esfuerzo de la atención, etc. Aunque el yoga sexual usualmente conlleva un aspecto devocional en que la pareja se vive como una divinidad, desde el punto de vista que interesa para esta discusión, lo central es que se busque simultáneamente la libertad instintiva (con la correspondiente aceptación del placer) y, a la vez la neutralidad o desapego, que no busca ni prefiere el placer, sino que sólo lo vive.

Pero el ejemplo más universal de la *coincidentia oppositorum* entre el desapego y la entrega al flujo de la vida se encuentra en una feliz condición de la mente de quien ha llegado—ya sea transitoriamente o establemente—a la trascendencia del deseo, y que para ello no está apoyándose en la inhibición voluntaria, sino que en un conocimiento de su propio fondo estable, neutro, pacífico, en que se satisfacen tanto los deseos mundanos como los de la búsqueda espiritual.

Lo explico mejor a través de la distinción entre una fase del desarrollo meditativo en que la quietud se consigue a través de un no-hacer (*wu wei*) deliberado que se opone a la actividad compulsiva o condicionada de la mente ordinaria, y una fase

superior que se podría designar como un “wu wu wei”: un “ni siquiera no hacer”, en que la quietud se apoya en el conocimiento del Ser (o, si se prefiere, del no-ser, o de ese misterio que escapa a las categorías de ser/no ser y podemos por ello llamar innombrable o “vacío”).

Cuando se ha alcanzado esta profunda paz de la sabiduría o auto-conocimiento profundo, se hace posible una estabilidad silenciosa de la mente aún en medio de la vida, y se alcanza así una condición que pudiera describirse como un estar a la vez en el “cielo” del espíritu y en la “tierra” de la corriente de los procesos biológicos y psico-sociales: una condición de *encarnación* del espíritu que caracteriza la fase final “unitiva” o “de fruición” del desarrollo psico-espiritual. Se trata de una condición de “estar en el mundo sin ser del mundo”, como se describe en la tradición sufí y también en el cristianismo, y que se corresponde también con la experiencia de los santos eróticos de la India y del Tibet, que habiendo trascendido las pasiones pueden vivir sin apego la expresión (ahora inocente) de sus instintos.

No sólo alude el arquetipo del ermitaño erótico, entonces, a un determinado estado de consciencia, sino que a una condición de la consciencia que ha llegado a su pleno desarrollo, y por lo tanto a un desiderátum, un ideal, un fin objetivo del proceso de liberación—que comprende tanto esa liberación de lo mundano que llamamos trascendencia como una liberación respecto a los obstáculos a la corriente del devenir que sobreviene cuando a través de la sabiduría, la dualidad

de samsara y nirvana se resuelve en una nueva identidad, y el mundo adquiere el resplandor de la inmanencia.

Lo explico una vez más, ahora volviendo a los conceptos de lo apolíneo y lo dionisiaco, o de la complementariedad entre la lucidez del no-hacer y la embriaguez de la entrega a los impulsos espontáneos.

Así como en la mitología griega Apolo destruye con sus flechas a los monstruos y purifica de las plagas⁴, la lucidez de la consciencia que llega a saberse o “discriminarse” como independiente de sus objetos destruye el carácter pasional que ha adquirido la vida psíquica a través de esa degradación universal de la consciencia a que aluden los mitos de la Caída, y que llamamos “pecado” o “enfermedad”. ¿Pero que ocurre cuando la lucidez de la consciencia apolínea (o búdica) permite la superación de las pasiones? Recupera su curso el Tao—nuestra naturaleza espontánea, no separada de la naturaleza universal—que en nuestra mente individual está representada por nuestro “animal interior”, “serpiente interior” o “cerebro instintivo”. Y así, el espíritu le da alas a nuestra naturaleza serpentina, al mismo tiempo que en el gesto dionisiaco de entrega a la corriente cósmica—al dejarnos disolver en ella—nutrimos la indiferencia también cósmica del desaparego apolíneo.

Pero ¿tienen algún valor práctico estas consideraciones acerca de la consciencia suprema?

Imagino y espero que en una cultura de poco desaparego y de excesivo auto-control

4 Véase, por ejemplo, el relato que hace Robert Graves de los mitos griegos.

represivo, sirvan tales nociones por lo menos como un estímulo a la comprensión de cuánto necesitamos de lo dionisiaco para la superación de nuestros males, tanto sociales como individuales. Pues pese a que la psicoterapia contemporánea reconoce la validez de los deseos y de nuestra naturaleza animal, ocurre que nuestra personalidad neurótica condicionada lleva en sí la tara de algo así como el “pecado original”, aunque no como una supuesta herencia genética de Adán y Eva, sino que como una “plaga emocional” que perpetúa la mente patriarcal represiva a través de las generaciones.

Vivimos identificados con nuestro pequeño ego patriarcal y racional que se ha aislado del resto de lo que en verdad somos⁵ y hasta buscamos, aunque sea segunda naturaleza para nosotros un inconsciente auto-rechazo; y una posible salida a esta condición represiva que nos ha convertido en fantasmas voraces es la de la “ebriedad” dionisiaca de la en-

trega a la sintonía con una voluntad más profunda que la de nuestros condicionamientos y deseos neuróticos.

Pero no es lo dionisiaco nuestra única vía, naturalmente, pues es mucho lo que podemos alcanzar a través del igualmente antiguo camino del yoga de la imperturbabilidad, que lleva al descubrimiento al fondo transpersonal inmóvil de nuestro ser, es decir lo apolíneo. Y así como la psicoterapia ha venido ayudando al mundo a través de una fe dionisiaca en la liberación de los impulsos naturales, ha sido la meditación la que ha venido ayudando a los buscadores espirituales a superar sus impulsos aberrados.

Una comprensión de la complementariedad entre lo apolíneo y lo dionisiaco — que es la esencia del enigma del ermitaño erótico— debería entonces constituir un argumento y también un estímulo para *una fe en la complementariedad entre la meditación y la psicoterapia.*



5 Véase Naranjo, Claudio. *Sanar la Civilización*. La Llave...